

LA VIOLENCIA DEL SUICIDA HOMICIDA

ARTURO ROLDÁN

Lunes, 26 de febrero de 1996. Los diarios anuncian un nuevo atentado en Israel y se dedican a toda suerte de análisis políticos que varían de acuerdo a la tendencia ideológica de cada cual. Lo que no pasa desapercibido para ninguno de los periódicos de aquel día es su forma particular de acción: los autores de estos atentados se autoinmolan, se sacrifican convirtiéndose en verdaderas bombas humanas que causan terror y estragos.

Terror porque el sacrificio de la vida se transforma en una arma imparable que produce, entre sus efectos, una locura colectiva que, a su vez, puede ocasionar confusiones importantes, recordemos que al día siguiente la policía mata a un conductor por haberlo confundido con un terrorista o la muerte de un ciudadano brasileño a manos de la policía en el metro de Londres.

Dicha locura colectiva se incrementa a medida que los hombres y mujeres-bombas hacen estallar sus cuerpos produciendo un pánico que justifica toda una política antiterrorista que va en contra de los derechos humanos y de la privacidad de la vida.

Estragos porque la potencia de la muerte produce el máximo de muertes, ya que la vida que porta la muerte elige el lugar preciso para segar el mayor número de vidas.

El paisaje aparece nítido en las fotos de los diarios, aunque dicha nitidez se desvanece cuando los diversos medios de comunicación comienza a utilizar palabras para explicar la nueva arma homicida: kamikaces, fanáticos, palabras que hacen perder la lucidez ya que presentan estas autoinmolaciones como ya explicadas.

Lo cierto es que se trata de un arma imparable, capaz de desestabilizar diversas guerras donde están enfrentados los terroristas fundamentalistas musulmanes y los ejércitos cristianos de occidente.

Desde aquel 26 de febrero de 1996 han pasado muchos años en los que la intensidad de estos suicidas homicidas se ha ido incrementado de manera importante, siendo su acto terrorista más importante la destrucción de las “Torres Gemelas” de Nueva York donde murieron cerca de 3.000 víctimas civiles, lo que deviene una característica de estas armas. Es decir que los atentados que son producidos por estas bombas humanas cobran el mayor numero de víctimas posibles, sin importarle que ellas sean civiles o militares, lo cual es una parte integrante de su modo de actuar, sembrar el terror en sus zonas de influencia.

Esta nueva arma pone a los servicios de información de todos los estados del mundo, o mejor de aquellos estados que pueden, en una nueva situación. El peligro es real y al mismo tiempo difícil de neutralizar ya que quien porta la bomba y conduce diversos vehículos, que van desde coches a camiones, pasando por bicicletas y hasta animales de carga, tiene una determinación y una voluntad mayor que cualquier otro soldado, pues está dispuesto a quitarse la vida con una decisión inquebrantable, con una voluntad sin parangón, listo para su autoinmolación.

Esa decisión inquebrantable y esa voluntad tienen su origen en la religión que funciona como una creencia sin fallas, sin fisura y que sirve como vehículo para la autoinmolación.

Algunos confunden el martirio cristiano con la shahâda musulmana pero son dos maneras muy distintas de enfrentarse con la muerte. El mártir cristiano es un sufridor, podríamos emplear la palabra masoquista religioso si no fuera por el desgaste que esta palabra tiene en el uso habitual del habla. El mártir cristiano sufre pasivamente todo tipo de tormentos variados, según la época histórica en la que se sitúe el martirio, es completamente pasivo, se entrega al Otro, lo que no presupone menos crueldad ya que los cristianos cuando, por ejemplo en las cruzadas, mataban a los musulmanes tenían una excesiva crueldad. Pero cuando un cristiano ha ocupado este lugar de dar muerte no aparece como mártir, ni está entregado al Otro. Ello supone una diferencia con el mártir musulmán. El shahîd es el encuentro entre un mártir musulmán y los medios técnicos para poder ajustarse al cuerpo una bomba con un dispositivo para hacerla estallar cuando el shahîd quiera.

Este diferencial entre la tradición cristiana del martirio y la musulmana del shahâda seguramente hunde sus raíces en las distintas formas culturales que cada religión monoteísta hace posible. Esto no deja de ser importante para comprender este fenómeno, ya que las explicaciones que habitualmente se escuchan o se escriben son aquellas que concluyen que los jóvenes musulmanes se transforman en mártires debido a la miseria, a la pobreza y a una serie de razones relacionadas con la exclusión social. Y ello es parte de la verdad pero no es el punto decisivo que induce a los jóvenes musulmanes a transformarse en

suicidas homicidas. La causa última es la creencia religiosa .Esto se pone de manifiesto en el simple hecho de que hay infinidad de regiones en el mundo, donde existe la miseria y el hambre y, en cambio, no hay suicidios- homicidas. También se confirma con aquella célula inglesa donde los terroristas eran todos universitarios, o en el pasajero que siendo hijo de un acaudalado c

Es difícil concebir de donde surge en estos fundamentalistas el impulso para ofrecer el bien máspreciado que tienen, la vida, en honor de una creencia. El camino que intento trazar tiene que ver con el desvelamiento de este tipo de violencia religiosa que transforma el mundo en que vivimos.

II

Freud publica en 1921 “Psicología de las Masas y análisis del yo”. Ya entonces Freud, con una precisión indiscutible, situó en ese texto el fenómeno de las masas humanas, ofreciendo un tinte profético pues anunció lo que sería el horror del nazismo, y trazó las variantes de su combinatoria que hoy nos permiten comprender la forma en que está subjetivizada la violencia en los mártires musulmanes. Para ello tenemos que volver una vez más a dicho texto con el ánimo de recrear su lectura y sobre todo para indagar su lógica que nos llevará directamente al corazón del problema.

En el capítulo VIII, titulado “Enamoramiento e hipnosis”, parte Freud de un axioma fundamental: “el enamoramiento no es más que una investidura de objeto de parte de las pulsiones sexuales con el fin de alcanzar la satisfacción sexual directa” (1). De este axioma deduce una primera conclusión: los sentimientos tiernos hacia las personas amadas son determinados por pulsiones de “meta

inhibida”, transformación de la meta pulsional operada por la represión y que en rigor no modifica la pulsión en el inconsciente donde sigue con toda su fuerza.

En esta primera conclusión se dibuja una paradoja en relación a la satisfacción pulsional ya que la inhibición de la meta impide su satisfacción. Dejemos flotando por el momento esta paradoja.

Tensemos ahora la cuerda por el otro extremo, es decir, donde esta el objeto que enamora al que Freud le coloca en el rango de la “idealización” y que tiene que ver con “la sobrestimación sexual del objeto”.

Freud explica la idealización de la siguiente manera: el objeto es tratado como el yo, por lo tanto se carga de libido narcisista. Y además agrega que a mayor enamoramiento, mayor sobrestimación del objeto amado, de modo que, sostenido el sujeto en esta espiral del amor, renuncia a una satisfacción sexual directa, surgiendo el consiguiente incremento de la idealización.

Esta situación, esta ceguera del amor, puede llevar a la desaparición de la conciencia moral, este extremo es una consecuencia de que el objeto que enamora ha ocupado el lugar del ideal del yo. Hay que recordar que el objeto de amor colocado en el lugar del ideal puede ser una persona, una idea, un símbolo. A partir de lo anterior el texto esta listo para separar dos fenómenos: el enamoramiento y la identificación. En el primero existe un empobrecimiento del yo. El yo se ha entregado al objeto y está sobreinvertido de libido narcisista. En la identificación, por el contrario, el yo se ha enriquecido con las propiedades del objeto, o mejor aún, el objeto se ha perdido y después de la pérdida se ha vuelto a erigir en el interior del yo, con lo que el yo queda alterado según el modelo perdido.

Construida estas herramientas, Freud va definir las masas humanas arrastradas por un líder, por un führer, de la siguiente manera: “Una masa es una multitud de individuos que han puesto un objeto, uno y el mismo, en el lugar de su Ideal del yo, a consecuencia de lo cual se han identificado entre sí en su yo”.

La primitiva hostilidad entre los yoes de los miembros de un grupo humano deviene ligazón por medio de la identificación. Es por ello que existe la tendencia cuasi natural en cualquier conglomerado humano a uniformarse para reforzar esta identificación interpares que solidifica el amor al conductor.

El ser humano es un animal de hordas, si seguimos a Freud quien retoma en su “psicología de las masas” su mito del padre primordial, que ya puso en escena en “Tótem y Tabú”. Este padre primordial puede acceder a la función de líder ya que su principal característica es la de no amar a nadie fuera de sí mismo y amar a los otros sólo en la medida en que sirven a sus necesidades.

Difícil sabiduría la freudiana puesto que de lo anterior se deduce que la masa, que la condición humana, anhela tener un amo que pueda encarnar un poder estricto, es decir, que las masas humanas tienen ansias de un amo dotado de extrema autoridad, de la misma manera que un neurótico obsesivo no puede vivir sin un amo que lo ordene.

Cincuenta y cinco años después, este texto tiene una vibrante resonancia al comentar Lacan, en el seminario 4, “Las relaciones de objeto” (3) el esquema (4) que Freud nos dejó en su texto y especialmente en el esquema que está incluido en aquel. Tiene que ver con el cuidado freudiano de vincular los tres objetos del yo con un objeto exterior.

Esta resonancia abre a una pregunta que ya está en la obra freudiana: ¿porqué los sujetos comulgan con un mismo ideal?. Es en este objeto exterior donde está la respuesta, este objeto exterior que paso al rango de significante en el mismo instante que deviene Ideal del yo. Ideal del yo que se consolida desde el rasgo unario. Este ideal del yo, este significante amo del goce como lo va a teorizar Lacan en la última parte de su enseñanza, hace que el objeto exterior del esquema freudiano se vista con las insignias del Ideal.

Sigamos el esquema freudiano: el objeto del yo, que es el objeto que enamora, disfraza el objeto pulsional que a través de las líneas curvadas se unen al Ideal del yo. Podemos leer siguiendo este razonamiento una de sus consecuencias: este ideal es soporte de un mismo goce para todos, de una misma forma de gozar. Esto se entiende rápidamente si vemos que la televisión, ese moderno objeto de la ciencia y que alcanza cuotas de divinidad doméstica regula el goce desde el imperativo: ¡goza de mí, mírame!, cuya consecuencia es un goce uniforme para todos los sujetos, una manera de domesticar a la pulsión.

III

Es necesario recordar que para Freud la religión es en todo comparable a la neurosis obsesiva. Ahora, siguiendo aquellos desarrollos, podemos decir que en las diferentes religiones monoteístas el ideal distribuye a los miembros de cada iglesia en un adentro y un afuera.

Esta posición de dentro del grupo y fuera del círculo esta determinada por la distribución de un par significante, fieles- infieles, o cristianos - no cristianos, que llevan implícito una diferencia radical, ya que lo que no pertenece al conjunto es

colocado en el rango del enemigo, del extranjero, de lo extraño. Esta es la raíz de toda xenofobia, de todo racismo, que puede llegar a justificar el inicio de una guerra santa como las distintas cruzadas o la yihad.

Ahora, siguiendo aquellos desarrollos, podemos decir que en las diferentes religiones monoteístas el ideal se encarna en un significativo amo del goce que distribuye la masa religiosa en un adentro y un afuera. Pero ese significativo amo, que estructuralmente cumple la misma función, no es para todas el mismo.

Por ejemplo, el Islam se basa en un dogma esencial, "Tawhid", la unicidad de Dios que hace posible la guerra contra la doctrina cristiana de la Santísima Trinidad.

Distintas modalidades del uno que hacen a la diferencia de la composición del enjambre. Modalidades del uno que, "encarnado en la lengua, queda indeciso entre el fonema, la palabra, la frase y ahora el pensamiento todo" (5) pero que no borra, al contrario, establece un límite geométrico entre el afuera y el adentro de un grupo, ya se traten dichos grupos de un club de fútbol o de una formación religiosa.

Diferencial del goce que toma como punto de partida el ideal y su coalescencia con el objeto gozante sostenido en la letra de los libros sagrados, en la letra de Dios, como lo atestigua el Corán, que quiere decir lectura o recitación, la lectura de la letra de Dios que determina la modalidad en que se encarna ese ideal.

Tomemos como ejemplo de esto último la representación permitida del Dios católico y la prohibición Coránica de representar la divinidad. Esta simple diferencia ha creado dos culturas totalmente distintas, dos corrientes de ideales

que se representan por la predominancia de los arabescos o por la distintas representaciones católicas que abarrotan las iglesias y que al igual que la letra determinan los mundos simbólicos diferenciales.

La letra es el soporte del significante según la última enseñanza de J. Lacan, y este soporte se hace carne en los textos sagrados que consagran diferencias esenciales entre ellos, marcando tres civilizaciones cuyo único punto de encuentro es el de ser monoteístas, pero entendamos bien, que esos monoteísmos son excluyentes ya que cada uno sostiene que el único Dios verdadero es el de cada una de las religiones.

Ello produce estallidos de violencia ya que cada religión es una neurosis obsesiva colectiva en donde predomina la función de la represión. Penetración sigilosa, la freudiana, ya que nos deja escrito en el "Malestar en la Cultura" que la condición de la subsistencia de los grupos es la represión. entendida esta última en su acepción psicoanalítica, no en su significado político.

Aunque, al mismo tiempo, esta represión aumenta la potencia del goce que, ignorado, se expande en ondas concéntricas, ondas que van desde el sacrificio hasta el infierno y que también pasan por el goce del sentido, goce dado por el amor al padre, marca de la primera identificación.

Freud nos muestra la patología que la anterior situación produce: ¿Qué mayor angustia para el creyente que la angustia de no ser amado por Dios?. Esto tiene que ver con lo que Freud denominó angustia de castración. Es precisamente en esta angustia donde el creyente se confunde y entiende el goce del Otro como signo de amor.

III

En un texto poco conocido de Freud, escrito en 1923 y titulado “Una neurosis demoníaca en el siglo XVII”, se lee con toda claridad que la posesión diabólica sufrida por Cristobal Haizman es dada por la muerte del padre amado, padre de la primera niñez y con el cual guardaba una relación ambivalente, por un lado de sumisión tierna y por otro de desafío hostil. No se detiene en la psicología individual y hace extensivo este razonamiento a la historia de la humanidad cuyo vínculo de amor y odio se establece con cada una de las figura del dios del monoteísmo.

De esta manera deduce que la posesión diabólica sufrida por el pintor del siglo XVII es la posesión por la figura del padre, por el padre simbólico. Sus fantasmagorías son los despliegues que el fantasma coagula en sus visiones del infierno, modalidades del goce que, cuando hacen vínculos sociales, trenzan una trama sutil que hace a las modalidades discursivas de cada cultura.

El infierno es un fantasma que sostiene el temor a la muerte, dando una continuidad fantasmática a la vida después de la muerte. No sabemos que hay después de ella, ni siquiera sabemos si hay un después, pero sí sabemos que este no saber marca una discontinuidad, un final, un paso del saber al no saber, determinado por ser un lugar donde un significante falta, el lugar de una falta de significante que diversos fantasmas se empeñan en negar.

El infierno musulmán tiene diversos nombres: el horno –sagar, el fuego llameante- sair, y, como indican las palabras, su principal tormento es el fuego en diversas construcciones imaginarias, así, llevaran túnicas de fuego, serán encerrados en ataúdes calentados al rojo blanco, habrá dragones que les hundirán

ñas de fuego en los ojos..., etc. Toda esta fantasmagoría tiene como eje central el fuego y el cuerpo sufriente. En ese lugar, el infierno, serán arrojados los infieles que no tienen posibilidad de salvación a través del Juicio Final. Recordemos que los justos serán redimidos en ese juicio final y llevados a la puerta del cielo.

Las descripciones musulmanas del infierno son la contrapartida del cielo que se abre a los mártires de la guerra santa –la yihad-, mártires en aras del goce del ser supremo, donde el acento recae sobre el ser sostenido por amor.

Es decir que el significante amo dirige el amor al ser de goce y, al amar a Dios, nos amamos a nosotros mismos y, al amarnos a nosotros mismos, se rinde homenaje al ser supremo. Y, por otra parte, como no hay amor sin odio, el amor a cada uno de los dioses monoteístas une a la comunidad cuya característica es estar separado de las otras comunidades. Unidos en la “fratía”, separados por el odio. De esta manera no hay fraternidad sin segregación. Y esos ideales de los distintos monoteísmos se solidifican en los rituales y las ceremonias.

Pero quien se autoinmola en nombre de Dios da un paso más. Puesto que su acto lo significa como una excepción entre el conjunto de sus pares, esta excepcionalidad es la marca que deja a su familia. De esta manera pudo verse por TV una madre orgullosa por el martirio de su hijo, se podría decir, más que orgullosa, puesto que ella misma rezó para que su hijo fuera un mártir. Aquí hay que escribir lo obvio, el goce de la madre no deja indiferente al hijo.

La presente forma de leer la autoinmolación, es decir, el suicidio que es al mismo tiempo una cadena de homicidios y cuyas coordenadas son el amor al padre y el sacrificio como un goce consagrado a este, buscando su amor, no

agota todas las lecturas de este acto, pero marca un recorrido que tiende a levantar un velo sobre esta poderosa arma.

Las vicisitudes de la causalidad, antes de precipitarse en el llamado a la autoinmolación homicida, forja distintas máscaras que son la letra de la palabra de Dios recitada por el profeta. Dicha letra contiene el primer dogma, el primer atributo del Dios islámico, su unicidad.

No es sorpresa encontrarnos con un Dios legislador cuya ley debe ser tomada al pie de la letra y que, en el fondo, cierra su legislación con la ley del hisba, es decir, una figura jurídica islámica para proteger el buen orden y poder denunciar lo corrupto.

La fe en un Dios absoluto tiene como consecuencia que la ley islámica, charia, se presenta como el conjunto de los mandamientos que debe observar un musulmán. Rodeado por la charia, cuyo fundamento religioso, usul, es obvio, la ley islámica y el derecho musulmán son inseparables. Es decir la unión de lo sagrado y lo normativo.

Algo distinto aparece en el derecho romano, donde la separación entre el fas que es el conjunto de preceptos que reglamentan las relaciones entre los dioses y los hombres se separa radicalmente del Jusa que es el derecho que regula las relaciones entre los hombres. Esta separación ha hecho posible la creación del derecho civil y también del derecho penal.

Pero para que el pueblo musulmán llegara a percibir las consecuencias de la identidad de su Dios, fue necesario un mundo de escisiones y una de las principales fue la división entre jariyismo y chiísmo alrededor del 700.

Algunos rasgos propios de los chiítas están en relación con su origen, que se remonta al año 656, cuando Alí, primo y yerno de Mahoma, fue nombrado califa. Luchas intestinas culminaron con el asesinato de Ali que pasó a convertirse en el símbolo de los oprimidos y marcó al chiísmo con el rasgo del sufrimiento, la pasión e incorporaron el martirio con un fervor religioso que es desconocido en el resto del Islam.

La densidad del rasgo se agrava por la significación que el imán tiene para el chiísmo, que al revés del sufismo, es entendida como el depositario e intérprete privilegiado de la palabra de Dios pues lo ha sido trasmitido el don del conocimiento perfecto. El imán chiíta es el único apto para enseñar y desvelar la palabra divina, concentración del poder sagrado y humano.

Freud en su Psicología de las Masas pregunta por qué algunos individuos son más proclives que otros a formar parte de una masa y contesta que en muchos sujetos el yo y el Ideal del yo no se han separado lo suficiente, el yo ha conservado su antigua vanidad narcisista.

Podemos desplazar ligeramente el argumento y plantear que el universo simbólico chiíta condiciona el camino del martirio homicida por los rasgos que lo particularizan en el mundo musulmán.

De cualquier forma hemos avanzado sobre la lógica de las masa humanas, lógica que es igual para toda agrupación, recordemos que Freud toma como ejemplo la Iglesia y el Ejército.

VI

“En nombre de Dios clemente y misericordioso”, esta invocación, con una sola excepción, se lee en todas las suras del Corán. Logrado por Dios el inmenso espacio simbólico donde se mueven sus nombres, podemos entender que, en nombre de Dios, se transmite su palabra, palabra que es su nombre en primer lugar cuya consecuencia es la revelación del Dios como nominador.

El nombre de Dios cumple una función simbólica, teorizada por Freud en Tótem y Tabú, como la figura del padre asesinado que presupone la instalación de una ley, de una prohibición. Esta función del padre simbólico será formalizada por Lacan con la Metáfora Paterna, en la primera parte de su enseñanza.

Vaciada la metáfora de significaciones podemos constatar que lo especial de esta metáfora radica en su inscripción como necesaria, puesto que por esta vía arribamos a la conclusión de que el Otro es un agujero, o que el Otro no existe, a lo cual hay que agregar que su inexistencia no deja de tener efectos. Arribar a esta conclusión sólo es posible por intermedio de lo simbólico. Lo que bien entendido quiere decir, entre otras cosas, que el psicoanálisis y la mística no se entienden.

En el nombre de Dios, en nombre del Otro divino, es una de las soluciones que los hombres han encontrado para colocar un remiendo al agujero del Otro. Remiendo elegante y poderoso, cuya potencia es debida a la sencillez de la fórmula en su ajuste a la estructura. La religión es una poderosa máquina de producir sentido, como lo afirma Lacan en la conferencia de prensa realizada en Roma el 29 de mayo del 74, un día antes de la “Tercera”, llevado por sus palabras, afirma que la Iglesia da sentido a lo que antes era natural.

No obstante la agudeza simple del remiendo no impide que Dios tome la máscara cruel del Superyo con su imperativo ¡Goza! como lo señala Lacan y que hace posible la primera identificación.

No es el amor que permite al goce condescender al deseo, más bien es un amor gozante, cuyo goce evita llegar al padre real, o a lo real del padre, efecto del lenguaje y operador estructural.

Es aquí donde puede ubicarse el suicidio homicida, no importa su biografía que seguramente aportaría datos en lo particular, basta con haberlo encontrado en el mundo simbólico chiíta y puede ubicarse puesto que el goce del Otro queda fuera del sentido, incluso queda fuera del sin sentido de la cadena significante que está marcado por el significante uno, que como amo del goce no hace cadena. Su colusión con el "a" nos devuelve al esquema freudiano de las masas. Pero hemos dado un paso más ya que el suicida homicida comete su acto terrorista para hacerse una excepción dentro de la psicología de las masas. Se hace único frente al amor eterno del padre ya que con su acto no tiene que pasar por el Juicio Final.

En la conferencia de prensa anteriormente citada, Lacan afirma, también, que los desarreglos producidos por la Ciencia serán tapados por el sentido entregado por la Iglesia, es decir, que la operación de introducir el goce del sentido en lo real es una operación de escamoteo, de tratar de hacer posible lo imposible.

Se entiende de esta manera que el amor al padre conduce a lo peor por el camino del bien, puesto que lo religioso es lo que de querer el bien se sustrae al deseo, rasgo de lo religioso y punto de identidad, identificación que hace vínculo

social. Así pues podemos contemplar que determinadas religiones facilitan el camino al sacrificio.

Lo que hace vínculo social, si seguimos al R.S.I, es la identificación a lo imaginario del Otro real, es decir, la identificación histórica al deseo del Otro. Esta identificación es lo que hace posible el vínculo social, vínculo que bien puede tomar la forma de una epidemia. Entre la letra oscura que vehiculiza este deseo encontramos anudado lo simbólico del Otro real, identificación al rasgo que soporta el ideal, y lo que constituye el uno y el otro nudo es la identificación a lo real del Otro real, al nombre del padre donde encontramos el amor.

Es el conjunto de estas identificaciones lo que da la potencia al suicida homicida, pero subrayando que es la identificación al nombre del padre, a lo real del Otro real que, al ir al lugar del agujero del Otro, suelda el devenir mortífero de un joven musulmán en el acto logrado de introducir un sentido a lo real...por medio del amor.

En resumen el acto que comete un suicida homicida está determinado por el amor al ideal que es compartido por un conjunto de seres humanos, que se identifican entre sí y guardan obediencia debida al líder, bajo cuyo manto se cobijan. Esto marca al otro como su enemigo y justifica su asesinato en base al odio a lo diferente.